

NO ACEPTAR LO SABIDO: ACERCA DE LA IGNORANCIA MORAL

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y RAZONAMIENTOS MORALES

Guillermo Nugent

La comunicación de sentimientos que se establece cuando conversamos y estamos en compañía es lo que nos lleva a formar algún criterio general e inalterable de aprobación o desaprobación del carácter o forma de ser... (esos criterios) son, con todo, suficientes para permitirnos hablar con sentido y sirven a todos nuestros propósitos en la vida común...

David Hume Tratado de la Naturaleza Humana (Lib. III Secc.1).

SOBRE LO QUE ESTÁ PASANDO

¿De qué manera la presencia de los medios de comunicación masivos, en especial de base electrónica, generan un nuevo entorno para los razonamientos morales? Por lo general, la discusión de los medios es abordada a partir de su influencia; usualmente es considerada como un factor negativo por el sentido común académico: Los medios masivos ejercen una mala influencia sobre ciertos públicos o sobre la totali-

dad. Estos suelen ser los tópicos más transitados. La idea es que la prensa escrita debe ser objetiva y los medios audiovisuales no deberían ejercer una mala influencia sobre la población.

Estas elaboraciones parten de considerar el medio de comunicación como algo separado y externo a los usuarios, tal como ocurre con el libro, que en efecto es un objeto físicamente diferenciado del lector. Este planteamiento, actualmente dominante aún, lo encontramos cuestionable en dos aspectos: en lo que se refiere a la prensa escrita hay el supuesto de EL periódico o LA revista ideal, cuando lo ideal en una sociedad democrática es que en primer lugar haya varios medios de expresión y que cada cual trate de expresar lo más fielmente determinados intereses de cara a los demás. Esto supone una dimensión pública donde se considera legítimo y no una deficiencia la existencia de una diversidad de intereses. Cuando en la dimensión pública esta diversidad de intereses no alcanza una legítima representación lo más probable es que formas de censura, autocensura o violencia sean un recurso corriente en las sociedades. Característicamente se trata de rasgos presentes en varias sociedades latinoamericanas, donde el correlato de las abismales desigualdades socio-económicas, las mayores del planeta, es una completa falta de legitimidad en la diversidad de opiniones. Esta renuencia a considerar como legítima la diversidad de creencias en la esfera pública se remonta a los orígenes de la República.

Cuando, por el contrario, se pone énfasis en la verdad objetiva o que solamente hay que mostrar los hechos, el implícito es que la situación ideal consista en que haya un solo periódico o revista que muestre toda la verdad. Los demás diarios simplemente no tendrían su razón de ser o serían piezas menores. A pesar del desmentido histórico recurrente a lo largo de la modernidad, esta manera de entender la prensa escrita a partir de un periódico ideal que diría todo tal como es el trasfondo formativo dominante.

EN LA LÓGICA DE LA ESCRITURA LO AFIRMADO ES UN MENSAJE QUE ESTÁ INSCRITO EN UN SOPORTE MATERIAL CLARAMENTE DELIMITADO. ES UNA MANERA DE ESTABLECER UNA DISTINCIÓN ENTRE LOS QUE SABEN Y LOS QUE NO SABEN.

La dimensión pública, en primer lugar, se caracteriza por la pluralidad, y las representaciones escritas, en consecuencia, deberían expresar esa pluralidad.

Pero la prensa escrita, cotidiana, es extensión del principio básico de la escritura que establece la distinción entre saber y no saber. En la lógica de la escritura lo afirmado es un mensaje que está inscrito en un soporte material *claramente delimitado*. Es una manera de establecer una distinción entre los que saben y los que no saben, pues en efecto, la condición de saber está íntimamente vinculada al manejo de la palabra escrita que siempre está ahí y no en cualquier otro lugar. La palabra escrita no es ubicua. Su posición siempre es delimitable y por extensión esto se condensa en ciertas instituciones o personas. El mensaje escrito es el sinónimo de un saber. Fue un monopolio indisputado hasta el advenimiento de la era eléctrica.

Sin embargo, la aparición y proliferación de las grandes ciudades y de manera concomitante el desarrollo de los sistemas eléctricos de comunicación implicó una drástica modificación y dio origen a una situación particular: el conocimiento de oídas referido a las experiencias directas de la vida diaria y las escenas de la opinión oficial. En cierto modo se recuperó el valor que poseían en las culturas orales. Ciertamente, el teléfono y la



radio ya habían inaugurado una dimensión donde 'lo que estaba pasando' no necesariamente coincidía con lo oficialmente reconocido como información u opinión, escritas, claro está. El saber estaba ligado a la cultura escrita y la lectura y su correspondiente división entre quienes podían leer y quienes no. Esta demarcación rígida funcionó no solamente como límite para la participación política, además hizo de los asuntos morales un asunto igualmente binario: lo que está bien y lo que está mal como pura tautología, porque sí. De ahí que en la época moderna se haya usado de manera tan frecuente la imagen del 'tribunal de la razón'. Los tribunales derivan su autoridad de la administración de un conjunto de leyes y códigos, que son materiales escritos. El 'examen de la razón' entendido como algo emocionalmente neutro, era considerado como la acción intelectual suprema. Con muy pocas excepciones, David Hume por ejemplo, se daba por sentado que las acciones humanas obedecían a una serie de 'razones'. Los sentimientos fueron considerados una pieza accesorio cuando no simplemente dejados de lado. Los sentimientos no podían informar acerca de lo que estuviera pasando. En el caso de la moral, los sentimientos eran algo tan engañoso como los sentidos para el conocimiento del mundo. Habían los buenos y los malos, las acciones en nombre del bien y las que estaban en nombre del mal. Los ignorantes eran aquellos que no sabían y que debían ser salvados del mundo del error en que se encontraban por acción de los poseedores de la escritura.

VALLEJO, EINSTEIN Y EL FONDO DE MURMULLOS

Ha habido un cambio sustancial a lo largo del siglo XX, y ya plenamente cuajado en la actualidad, en la manera de entender la relación entre la dimensión moral de los debates públicos y los medios de comunicación. El cambio ha ocurrido en ambos términos de la cuestión: el primero es el paso de la moral

como un bloque sólido que sólo admite una relación binaria a una consideración de los razonamientos morales, donde el énfasis está puesto en el proceso, en la elaboración de los criterios morales, donde pasan al primer plano si en la elaboración moral cuenta más el castigo o la amenaza externa, el acatamiento por costumbre o el debate en el grupo. En la manera de entender los medios el cambio es no menos radical. Los medios han pasado de ser imaginados como un objeto externo, de un portador físico de la relación sujeto-objeto, a ser un entorno, un territorio sobre el cual se despliegan *intereses y deseos*. Se ha creado un *fondo de murmullos* que hace imposible seguir imaginando el tránsito del silencio absoluto a la voz, al estilo de la imprenta, como imagen para las elaboraciones morales. Esto quiere decir que no hay un inicio absoluto en la información. Que siempre hay un algo que se sabe previo a cualquier información y que lejos de ser reductible al error como en el modelo de la escritura, es una condición para la asimilación de posteriores conocimientos.

Los medios de comunicación en la era electrónica ya no pueden ser concebidos más como objetos externos al auditorio. Son el elemento en el que nos desplazamos sea como parte de auditorios o como portadores de mensajes y lo normal es que ocupemos ambas posiciones indistintamente, como ocurre en las conversaciones por teléfono y la inherente modificación del espacio median-

EN EL CASO DE LA MORAL, LOS SENTIMIENTOS ERAN ALGO TAN ENGAÑOSO COMO LOS SENTIDOS PARA EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO. HABÍAN LOS BUENOS Y LOS MALOS, LAS ACCIONES EN NOMBRE DEL BIEN Y LAS QUE ESTABAN EN NOMBRE DEL MAL.

te el efecto de cercanía. Si lo anterior es correcto, entonces abordar la situación de los medios en términos de buena o mala influencia deja de ser lo más adecuado, pues el supuesto es que habría un momento de 'influencia cero' hasta que hace su aparición un determinado medio de comunicación. La imagen del buen salvaje o de la *tabula rasa* llegó a su fin. Ahora es más bien la saturación de estímulos sensoriales, el recalentamiento en el consumo de medios lo que produce un aturdimiento generalizado. El buen salvaje es, en todo caso, aquel que anda perdido en 'la selva de los símbolos'.

Hasta antes de esta transformación, la melancolía y el aturdimiento eran estados reservados a los poetas y pensadores; la foto con el contexto trucado de Vallejo es esencial para construir un icono de la dimensión escrita. Si Einstein en vez de la mirada de descuido y aturdimiento estuviera bien peinado y de saco y corbata no sería un científico a carta cabal. En ambos casos, la melancolía y el aturdimiento eran rasgos que distinguían a un individuo como perteneciente al mundo de la escritura. En cualquier otra persona, se presume, tales rasgos no serían permitidos o sólo reconocidos como una deficiencia. Pero la melancolía y el aturdimiento bien pueden ser entendidos, en un plano de la comunicación, como expresiones de una saturación de información. En ambos casos hay un proceso de desconocer ciertos aspectos de la realidad no tanto por un déficit de información como de una dificultad para elaborar lo que ya forma parte del mundo circundante. Tanto la melancolía y el aturdimiento pueden ser considerados como rasgos que marcan el entorno comunicativo de los escenarios urbanos.

Si este murmullo de informaciones está en permanente oscilación, efervescencia, entonces el abordaje de los medios en términos de la buena o mala influencia que

puedan ejercer sobre el auditorio deja de ser el primer y único interrogante en las investigaciones y debates, como a menudo es el caso. La importancia de los saberes previos o precomprensión adquiere entonces una posición central. La cuestión no será en primer lugar si la influencia es buena o mala sino la manera como los auditorios elaboran el material precomprendido a la luz de las claves de interpretación que proporcionan los medios masivos. La presencia de los medios ya no es la ubicación de instituciones aparte de la ciudadanía sino un recurso que está presente en la vida pública de una determinada comunidad. El uso de este recurso, tanto del lado de las propuestas como de las reacciones del auditorio ciertamente son ilimitadas. ¿Esto significa que no hay manera de evaluar la presencia de los medios de comunicación en la vida pública? En absoluto. Cuestionar el modelo de la influencia unilateral de los medios masivos es simplemente abandonar el modelo de la imprenta para abordar los procesos de comunicación y dar lugar a figuras que se acercan más a la historia contemporánea.

IGNORANCIA DEL RIESGO E IGNORANCIA MORAL

La ignorancia, que proponemos como contraparte de la curiosidad, es de otro tipo y corresponde al actual estadio de sociedad de la información en la que nos encontramos. Hay dos clases de ignorancias a la que vamos a hacer referencia. La primera es la ignorancia del riesgo y la segunda es la ignorancia moral. Aunque suelen ir juntas con más frecuencia de la que se cree, sus características sin embargo son bastante diferentes. La ignorancia del riesgo parte de la constatación cada vez más aceptada por los teóricos sociales de la continuidad entre lo humano, lo no humano y la tecnología. Particularmente ha puesto el foco de atención en las consecuencias reales o potenciales de accio-



nes que hasta no hace mucho habían sido consideradas beneficiosas, cuando no simplemente inocuas. Artefactos que antes eran considerados logros tecnológicos, aparecen como principales responsables de contaminación del aire o de consecuencias potencialmente graves para la salud de las personas. Hay ejemplos célebres como el descubrimiento de los efectos depredadores del insecticida DDT para muchas especies animales y vegetales. O el vínculo establecido entre el tabaco y el cáncer al pulmón, para no hablar de los riesgos de las plantas nucleares en la generación de energía. En la actualidad, una gran parte de los debates a escala global tiene que ver con las consecuencias de esta 'modernidad reflexiva'. La relación establecida entre el hueco en la capa de ozono, la difusión del cáncer a la piel y el uso de los gases a base de clorofluorocarbono (CFC), supone reconocer que hemos entrado a una nueva etapa no solamente en la historia social sino en nuestras formas de conocer, de elaborar, los conocimientos. La ignorancia de los riesgos, el peligro que representan, se convierte en un elemento activo de los debates públicos. A escala global, un caso ejemplar lo constituyen las explotaciones mineras. Hasta hace pocas décadas, la extracción de minerales era considerada una actividad económica, digamos que neutral. Se extraían minerales en la medida que los precios de los principales mercados hiciera rentable la actividad. Los problemas de contaminación del entorno y de relaciones con la población rural (a estas alturas la lectora y lector se habrá dado cuenta que a nadie se le ocurre buscar petróleo o minerales en el subsuelo de las principales ciudades del mundo) o alteración de los recursos de agua, para no hablar de efectos para la salud de los trabajadores, eran asuntos que estaban fuera de toda consideración. Actualmente, las explotaciones mineras, las centrales hidroeléctricas, nuevas represas, son objeto de un creciente escrutinio público justamente por el factor de ignorancia de los riesgos. Hay la

consideración de estar alerta a cualquier consecuencia perjudicial que inicialmente no haya sido considerada. En estos casos la importancia de medios de comunicación y de centros de investigación académica independientes de intereses económicos es crucial para alcanzar un grado razonable de alertas ante el riesgo. El cambio profundo consiste en que se acabó el tiempo de la creencia en un progreso ilimitado y producto de una tecnología mecánica cada vez más eficiente. Hoy cada innovación es examinada no sólo desde el punto de vista de las ventajas efectivas sino desde los potenciales riesgos que puede implicar, de las consecuencias. Por ejemplo, los celulares durante mucho tiempo han estado bajo la sospecha de los daños que pueden causar al organismo de quienes lo usan. Justamente si ya no se habla de sociedad industrial sino de sociedad de la información, la posibilidad de disponer de conocimientos que pueden modificar nuestras acciones en un sentido decisivo hace aún más nítida la relación entre conocimiento y poder.

La ignorancia moral, a diferencia de la anterior, implica un esfuerzo en el autoengaño, en no querer dar por cierto lo que se intuye a partir del ya mencionado trasfondo de murmullos. Uno de los efectos más sorprendentes de la difusión de los medios de comunicación masivos, en especial de los audiovisuales, es la presunción de estar enterados de lo que es al menos sentido pero no dicho. *Se trata además de una figura colectiva en primer lugar.* La ignorancia moral trata de obtener el beneficio de justificar la indiferencia ante la crueldad o formas de injusticia debido a una falta de información. De esta manera, es evitado el esfuerzo penoso de tener que modificar las propias opiniones o criterios acerca de un determinado aspecto de la vida o del conjunto. La ignorancia moral que proponemos como criterio es ciertamente deudo de 'la mala fe'

sartreana, con la diferencia que en el caso de la mala fe se trata de justificar la irresponsabilidad trasladándola a una instancia superior o simplemente ajena. Aquí se trata de invocar de manera impostada el desconocimiento de determinada información.

NADIE SABÍA QUE HABÍA CAMPOS DE EXTERMINIO...

El primer gran caso de ignorancia moral en la cultura de masas tuvo lugar en la Alemania de la segunda Post-guerra. Enfrentados al horror de los campos de exterminio que el régimen nazi estableció en Polonia y el este de Alemania, se convirtió en recurso regular de la opinión pública afirmar que 'nadie sabía' que había un exterminio masivo de judíos, gitanos y minusválidos. En efecto 'nadie' había visto una fotografía de las cámaras de gas o de los hornos crematorios en Auschwitz o Treblinka. Pero también es cierto que 'nadie' que viviera en Alemania en los doce años previos a 1945 pudo ser ajeno a las campañas de odio antisemita y a los no arios en general. 'Nadie' tampoco podía desconocer el llamativo uniforme de los SS, negro y con la calavera símbolo de la muerte en el kepí. A ese conjunto de emociones, a ese imaginario, ciertamente nadie que viviera en Alemania en esos años podía ser ajeno. Nos interesa destacar sin embargo dos matices decisivos: a diferencia de unas cuantas décadas anteriores, cuando estar informado era privativo de quienes eran lectores de diarios, revistas y libros; el cine, el teléfono y la radio, habían transformado radicalmente la condición de 'estar enterado'. Ahora cualquiera podía 'estar enterado'. Este supuesto es una de las mayores revoluciones en los razonamientos morales del siglo XX. El segundo, una consecuencia del anterior, es que por tanto si algo no aparece en los medios de comunicación puedo tener la tranquilidad de darme por no enterado a pesar de todas las

LA IGNORANCIA MORAL, A DIFERENCIA DE LA ANTERIOR, IMPLICA UN ESFUERZO EN EL AUTOENGAÑO, EN NO QUERER DAR POR CIERTO LO QUE SE INTUYE A PARTIR DEL YA MENCIONADO TRASFONDO DE MURMULLOS.

señales que se puedan encontrar en la vida diaria. Este adormecimiento deliberado del entendimiento por parte de la gente buscará en varios casos suplir esta ignorancia con la curiosidad por otros asuntos que sean menos dolorosos de elaborar. De ahí que el polo de la curiosidad contenga siempre un elemento de deseo de conocer algo y también deseo de no saber otras cosas, de encubrimiento de la ignorancia moral.

¿Por qué es tan fuerte la ignorancia moral? Básicamente por la exigencia de 'pensar de nuevo' que lleva implícita y que no es poco trabajo, pues una condición de las creencias y sus correspondientes actitudes proposicionales es la consistencia entre la mayor parte de las creencias. La preservación de un determinado trasfondo holístico es la razón de ser del recurso a la ignorancia moral.

En efecto, lo ignorado es por lo menos 'presentido', nunca es algo fuera del alcance de cualquier honesto conocimiento, como en el caso del DDT a fines de los años 50 por ejemplo, donde se trataba de una típica ignorancia del riesgo. Lo característico del estado de ignorancia moral es el esfuerzo por suprimir lo presentido. Lo mejor del periodismo de denuncia en la segunda mitad del siglo XX, y el propio género narrativo del 'documental', por lo general ha estado vincula-



do a cuestionar precisamente la ignorancia moral. Por ejemplo, en la actualidad ya es la legitimidad política que puedan tener las guerras todas son crueles, que la distinción entre población civil y militar es cada vez menos relevante, y que esta dimensión de padecimiento ya no puede ser ignorada. En la actualidad vemos las enormes dificultades de algunos políticos y filósofos morales en justificar las teorías de la 'guerra justa', cuya consistencia permaneció incólume en Occidente por varios siglos, pues deben enfrentar informaciones muy puntuales sobre episodios concernientes a la crueldad o el abuso. Tanto en la intervención de la ONU en Bosnia en los noventa como en la invasión norteamericana en Irak al comienzo del siglo XXI ha podido apreciarse con claridad esta contraposición en los debates públicos.

LA ACCIÓN INTELIGENTE

¿Cuál es la alternativa frente a la ignorancia moral? En primer lugar cuestionar la cuota de beneficio que ofrece: la rigidez de las opiniones. La ignorancia moral deja de ser algo deseable cuando se admite la pluralidad de perspectivas de la vida social y cómo el rasgo central de la identidad democrática es aprender a aprender. Esto supone la disposición a una reelaboración permanente de las opiniones públicas según las necesidades de la vida diaria en común. No hay nada más

¿CUÁL ES LA ALTERNATIVA FRENTE A LA IGNORANCIA MORAL? EN PRIMER LUGAR CUESTIONAR LA CUOTA DE BENEFICIO QUE OFRECE: LA RIGIDEZ DE LAS OPINIONES.

preocupante en la escena actual, de ascenso de los fundamentalismos, que los llamados a combatir el relativismo, a considerar que la verdad es única y que en consecuencia lo que no se ajusta a esa verdad debe ser en el mejor de los casos combatido y por lo menos ignorado. En efecto, la ignorancia moral, a diferencia de la era de Gutenberg ya no está identificada con la imposibilidad de acceder a la información por carecer del conocimiento letrado. Su razón de ser es la negativa a *reelaborar* las propias opiniones frente a las de otros. De ahí la importancia básica de mecanismos de identificación, pero también de reconocimiento de las diferencias, que permitan asomarse 'al otro lado'. Se trata de una condición fundamental para garantizar criterios mínimos de convivencia en sociedades donde la variedad de culturas es ya una realidad. Pero además no se trata de una diversidad estática como asegura el multiculturalismo, sino también un escenario de mezclas que hasta hace un par de generaciones habrían parecido improbables. El autoengaño ofrece beneficios al corto plazo, la ilusión de una realidad donde los conflictos son aparentes, pues hay una verdad nítida que ofrece la tranquilidad de una explicación válida para cualquier lugar y época. Lo opuesto a la ignorancia moral es la acción inteligente de la vida en comunidad como señalaba John Dewey: la posibilidad de la más amplia cooperación para solucionar esas dificultades de la vida diaria. Para encarar las desigualdades socio-económicas, el devaluado sentido de legalidad, la exclusión de las mujeres de los asuntos públicos, tan características de nuestra vida social, necesitamos la más amplia circulación de opiniones y de escenarios para su correspondiente discusión. Al fin y al cabo, las libertades públicas sólo se pueden cultivar ahí donde se reserva el espacio para los encuentros inesperados, donde pueden surgir pareceres tan diferentes que nos hacen reelaborar las propias opiniones. De esta manera, aceptar lo sabido antes que una amenaza será la posibilidad de una creciente liberación.